

VERÓNICA SÁNCHEZ - OH! MAMIBLUE

# BI MOTHER MY FRIEND



PORQUE, A VECES, MADRE SÍ HAY MÁS DE UNA

LIBROS **CÚPULA**

VERÓNICA SÁNCHEZ - OH! MAMIBLUE

# BI MOTHER MY FRIEND

PORQUE, A VECES, MADRE  
SÍ HAY MÁS DE UNA

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Verónica Sánchez y Alejandra Victoria Sánchez, 2019

Edición y corrección: Sara Díaz Mata

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de cubierta e interiores: Vireta

Primera edición: octubre de 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A. [www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-480-2631-8

D. L.: B. 15.506-2019

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



# ÍNDICE

**PRÓLOGO by @DEVERMUT (sara y maría) ..... 9**

**Introducción ..... 17**

## **1. ¡Queremos ser mamás!**

**Cuándo decidimos que queríamos ser mamás ..... 39**

**Cómo lo hicimos nosotras ..... 50**

**¿Quién de las dos se quedará embarazada? . 56**

**Otras formas de convertirnos en mamás ..... 61**

**Elección del donante ..... 70**

**Empezamos el tratamiento ..... 80**

**¿Cómo se lo decimos a nuestras familias?... 97**

## **2. ¡ESTAMOS embarazadas!**

**La epigenética ..... 105**

**Las emociones de la madre gestante y la no gestante ..... 113**

**Seamos visibles hasta ser indiferentes ..... 121**

### 3. ¡Y Dejamos De ser Dos!

<b>Preparty</b> .....	129
<b>El día de antes</b> .....	132
<b>The party</b> .....	134
<b>Afterparty</b> .....	136
<b>Lactancia</b> .....	140
<b>Cómo vivimos la llegada de Álex: nuestro nuevo día a día</b> .....	155

### 4. EL BEBÉ Y EL MUNDO

<b>¿Cómo os llamará el bebé que vais a traer al mundo?</b> .....	161
<b>Educación en la diversidad y en el feminismo desde casa</b> .....	171
<b>Educación en la diversidad y en el feminismo desde las aulas</b> .....	178
<b>Carta a mi mujer, Jana</b> .....	188
<b>Carta a mi hijo, Álex</b> .....	191
<b>Agradecimientos</b> .....	193





# QUIÉN SOY YO

Mi nombre es Verónica y no soy socióloga, ni psicóloga, ni médica; soy mujer, madre, hija, lesbiana, activista e *influencer*, y estoy aquí para contaros una experiencia: la mía.

Empiezo este libro hablando sobre mí, probablemente la persona que mejor conozco pero a la que en muchas ocasiones me cuesta entender y controlar, sobre todo a nivel emocional. Si tuviese que decirte lo mejor y lo peor de mí, probablemente sería lo mismo: mi sensibilidad, pues me hace ser una persona empática, muy conectada al mundo, generosa y desinteresada; pero a la vez me convierte





en mi peor enemiga. Sufro por las injusticias, lucho por todo aquello que considero que puedo mejorar o, al menos, intento tender mi mano a quien me necesita antes de que me pida ayuda.

Me considero caótica y perfeccionista. ¿Cómo puede ser esto? Dos extremos que me hacen ser explosiva, ya que nunca llego a conseguir que las cosas que hago estén completamente a mi gusto, pese a que lo intento. Esto, quizás, sea algo que me ha dado la maternidad, el conseguir hacer las cosas y tener constancia. Aunque la mayoría de las veces me cuesta arrancar; como con este libro, que tengo tantas cosas que contar y, sin embargo, lo empecé a escribir por el final.

Ese final tiene una carta para Álex, mi hijo, él ha conseguido con su nacimiento darme superpoderes. Quizás, el querer ser un buen referente para él me ha hecho cumplir sueños que he acumulado durante toda mi vida en dos años y medio.

La maternidad me ha traído muchas cosas positivas. En realidad, todas las cosas que me ha traído son positivas, pero la mejor —después de él— es haber conseguido ser más yo que nunca.



Como dice la Agrado en la película *Todo sobre mi madre* de Almodóvar: «Cuesta mucho ser auténtica señora; y en estas cosas no hay que ser rúcana, porque una es más auténtica cuanto más se parece a lo que ha soñado de sí misma». Estas palabras me han acompañado durante mi adolescencia y hoy en día procuro no perderlas de vista. Y es que yo también podría llamarme Agrado, pues, como ella, durante toda mi vida mi máximo objetivo ha sido agradar a la gente.

Hablando de la adolescencia y del pasado, se me viene a la cabeza esta pregunta: ¿qué es lo que siempre has soñado ser? Vaya preguntita, ¿de verdad alguien cuando es pequeño tiene claro qué es lo que quiere ser?

En mi caso, soñaba con ser cajera de supermercado. Recuerdo que abrieron uno enfrente de mi colegio —hasta entonces todo habían sido negocios de barrio, tiendas pequeñitas— y yo veía a las cajeras, todo el día hablando con la gente, uniformadas, arregladas y siempre con una sonrisa... Me encantaba, para mí no había un plan mejor que ese: pasar el día rodeada de productos de alimen-





GRACIAS A  
LA MATERNIDAD  
HE CONSEGUIDO  
SER MÁS YO  
QUE NUNCA.

tación y hablando con personas sobre el tiempo, la prisa, la comida, el «llego tarde» o cualquier cosa banal; es decir, todo lo que formaba parte de la rutina.

Después, quise ser camarera —a poder ser, dueña de una cafetería— y de eso tuvo mucha culpa la película *Amélie*. Si tuviese que identificarme con un personaje de ficción, seguramente sería ella. Sin querer, en el cine iba buscando mis referentes, necesitaba identificar mis rarezas. En muchas ocasiones no he sido una persona fácil, ni para mí ni para las personas que han estado cerca, pues me costaba expresarme, ya fuera por miedo a ser rechazada o incomprendida. Por eso, desde muy pequeña, he tenido la necesidad de vaciar mi mente escribiendo. Me sentía distinta, siempre he tenido más mundo interior que exterior. Quizás porque tengo una capacidad de reacción muy lenta y cuando me llamas, casi nunca respondo a la primera. Mi cerebro funciona de la siguiente manera: al igual que esta introducción sobre mí, mi mente salta de un sitio a otro, siempre creando, pensando en mil cosas, desarrollando historias,





ordenando ideas... Entonces, alguien me llama y tengo que volver del lugar donde me encuentro para poder responder, pero eso lleva un tiempo. Supongo que la gente que me conoce ha aprendido a quererme como soy y yo también lo he hecho.

De nuevo, otro salto al pasado para contaros algo superimportante. Nací en Barcelona en 1983, cuando todavía la homosexualidad estaba considerada una enfermedad mental y el insulto nacional era «maricón» —porque las lesbianas eran todavía más invisibles que los gais. El 16 de mayo de 1990, la OMS tachó de la lista de enfermedades mentales la homosexualidad.

En mi generación nacimos sin tener ningún tipo de referente homosexual, y es que aunque la OMS ya no consideraba enfermos a los homosexuales, la sociedad sí.

Lo cual no me extraña en absoluto, pues en la época de mis padres y mis abuelos —incluso durante parte de mi infancia— existía una ley que duró lo que la dictadura franquista, y que condenó a muchas personas a las que se les aplicó dura

e injustamente: la Ley de Vagos y Maleantes. En la práctica, con esta ley se quería multar a toda aquella persona que no cumplía con la heteronormatividad. La ley se aprobó y puso en marcha el 5 de agosto de 1933, unos años antes de que el dictador Francisco Franco tomara el poder. Así, perseguiría a los que ellos consideraban como escoria de la sociedad: vagabundos, pordioseros, proxenetas y todo aquel que no pudiese demostrar tener un domicilio fijo y un empleo o modo de sustento.

Se aplicó durante la Segunda República y con la llegada del franquismo se mantuvo; no se modificó hasta el 15 de julio de 1954, cuando añadieron a esa lista de perseguidos a los homosexuales —muchos de ellos fueron encerrados en campos de trabajos forzados.

Se mantuvo en vigor hasta el 5 de agosto de 1970, año en que fue sustituida por la Ley sobre Peligrosidad y Rehabilitación Social, en la que se incluyó a los drogadictos, las prostitutas y los inmigrantes ilegales.

Cuando murió Franco, en 1975, la ley sufrió algunos cambios, pero no fue abolida hasta el 23 de





noviembre de 1995. En aquella fecha yo ya tenía doce años y jamás había estado en contacto con homosexuales ni había oído hablar de ellos de una forma que no fuese peyorativa —pero no en mi familia, porque siempre han sido muy respetuosos y jamás han juzgado a nadie por su condición.

Quizás estaréis pensando que por qué os cuento todo esto. Bueno, porque es muy importante conocer la historia para entender el presente, el porqué de cómo somos y, de esa forma, no cometer errores del pasado.

¿Qué ha provocado esta historia? Que quienes sentimos deseo por personas de nuestro mismo sexo hayamos sentido que fallamos dentro del sistema; un sistema que, si te sales de la norma, te señala, te cuestiona y te hace dar constantes explicaciones.

¿Las consecuencias? Rechazo de familiares, homofobia dentro del propio colectivo, que algunas personas oculten su condición y su vida en el trabajo por miedo al rechazo o miedo a perderlo... Si bien lo que realmente me (nos) toca más de cerca es que muchas mujeres se cuestionan si quieren

llegar a ser madres, porque piensan que sus hijos e hijas estarán condicionados/as a sufrir simplemente por tener dos mamás. Y ya ni hablemos de que son muchas más las que ni siquiera se han atrevido a decirles a sus familias que quieren ser madres porque no entenderían la manera en la que quieren serlo.

Recuerdo el primer día que me planteé si me gustaban las chicas. Estaba delante del ordenador, vivía en mi pueblo y tenía dieciséis años. Me conecté a internet —imaginaos, ni punto de comparación a lo que es ahora—, y se abrió ante mí y ante mis dudas una ventana al mundo llena de nuevas oportunidades. De repente, un día me conecté a un chat y al entrar en la web apareció la pregunta clave: ¿a quién quieres conocer?, ¿chicos o chicas? Realmente, hasta ese momento nadie me había planteado otra opción, ahí fue cuando sentí libertad, sentí que la cosa podía ir bien. Y, sobre todo, me di cuenta de que a lo mejor yo no disfrutaba por completo de mi adolescencia y de mi vida porque la estaba enfocando mal; es decir, la había estado enfocando hacia lo que había





visto, hacia lo que tenía impuesto por la sociedad, y me estaba olvidando de la clave de todo: la libertad de poder elegir. Incluso la libertad de poder cambiar de opinión, porque solo cambiando de opinión se puede evolucionar. Y es que si no lo hubiese hecho, desde mi adolescencia hasta ahora no habría avanzado nada.

La verdad es que nunca hablé de mi orientación sexual con mi familia porque hasta que llegó Jana no me había enamorado, ni había conseguido establecer una relación con nadie. Jana, mi mujer y mami de mi hijo, fue mi primera pareja, mi primer amor —con todo lo que esa palabra conlleva—. Alguien que te hace crecer, llenar tu mente de proyectos y querer compartir tu vida hasta el final.

La primera vez que llevé a Jana a casa me planteé de mil formas cómo decírselo a mi madre y a mi padre. Al final, mis palabras fueron: «Mamá, papá, va a venir una chica a casa, tiene el pelo rosa, pero os va a caer genial». Mis padres son tradicionales, pero la tradición no tiene por qué estar reñida con ser personas muy libres y respetuosas. Ellos nunca me dijeron nada; y lo sabían, porque



la familia te conoce y lo sabe. Con el paso de los meses, Jana empezó a quedarse en casa y por mucho que yo le abriese la cama de abajo cuando se quedaba a dormir, mis padres sabían que amanecíamos juntas.

Durante el primer año de nuestra relación lo pasé mal, no quería que Jana me cogiese de la mano por mi pueblo, no quería que me besase, le pedía que actuase como una amiga. Yo no quería que nadie hablase de mí —como si no supiesen que estábamos juntas y enamoradas— porque no quería que nadie le dijese a mi madre que su hija era lesbiana. Lloraba a diario y lo que fue un comienzo precioso se vio nublado porque yo no actuaba con libertad. Cuando me di cuenta de que me estaba cargando la relación y me estaba impidiendo ser feliz y disfrutar, empecé a darle besos, a cogerle de la mano, a no pensar, a no estar siempre con la mirada puesta en si alguien nos miraba..., era un horror sentirse así. Una noche, mientras escribía y vaciaba mi mente de cosas que me atormentaban, supe que el problema no lo tenían los demás, lo tenía yo. No me aceptaba porque seguía pensando que aquello



UN DÍA ME  
DI CUENTA DE  
QUE ME ESTABA  
OLVIDANDO DE  
LA CLAVE DE TODO:  
LA LIBERTAD  
DE PODER ELEGIR.

no estaba bien. Básicamente, sufría por personas por las que no tenía que sufrir. Mi madre y mi padre jamás me han cuestionado nada, siempre me han apoyado en todo y nunca me han hecho una pregunta que pensasen que no me iba a apetecer responder. Y yo les estoy eternamente agradecida por ello. No por ser sus hijos pertenecemos a nuestros padres y nuestras madres, no estamos en este mundo para cumplir las expectativas ni los sueños de nadie. Y, por supuesto, no podemos vivir la vida que tenían planeada para nosotras, porque nosotras somos quienes debemos elegirla.

Así que yo no tuve esa conversación que tienen muchas personas homosexuales a la hora de contárselo a su familia, todo se fue desarrollando con la mayor naturalidad, como deberían ser las cosas.

A propósito de esto, hace no mucho una amiga me dijo que su hijo se había enfadado porque se había enterado de que su tío era gay. Le reprochó que por qué no se lo había contado, a lo que mi amiga respondió: «No te lo he contado porque tampoco te tuve que contar que tu tía es heterosexual». Me pareció una respuesta genial. Las co-





sas hay que tomárselas con la mayor naturalidad posible, ya que si nosotras las ocultamos, si rene-gamos de lo que somos o montamos una historia para contar lo que nos gusta, lo que conseguire-mos será, precisamente, el efecto contrario al que queremos.

Cuando una persona me pregunta sobre cómo decirle a su familia su orientación sexual, mi res-puesta es: «No se lo digas, si estás enamorada, preséntale a tu amor; si no lo estás, no tienes por qué decirlo, a no ser que eso te esté impidiendo el sentirte libre». La libertad es el mayor tesoro que tenemos las personas, hazlo de la manera más natural posible, no lo comuniques como si es-tuvieras enferma. Aprovecha ese momento en el que en una reunión familiar te preguntan por tu novio para decir: «Pues mira, no tengo, pero si lo tuviese, sería una chica». Seguramente, oirás una música sonar, es la música de la libertad. No hay un sonido mejor.

Si no te entienden, no te preocupes, dales tiem-po, pero ni pidas perdón ni te sientas culpable de nada, porque el problema no lo tienes tú, lo tienen

las personas que no lo saben ver con naturalidad. Es duro, lo sé; no lo sé porque lo haya vivido, sino porque a diario me encuentro con historias así.

Cambiando de tema totalmente, no puedo acabar sin contaros cómo y por qué he terminado escribiendo estas páginas. Empiezo por el principio de todo para que os vayáis situando.

Hace tres años, el mismo día que el test de embarazo me dio positivo —me hice el ClearBlue—, fuimos por la noche a un concierto de flamenco a La Otra Parte, un bar en el barrio del Cabañal, en Valencia, donde vivíamos cuando me quedé embarazada. Al llegar y sentarnos en nuestra mesa de los jueves, empezó el concierto y la primera canción que tocó aquel hombre maravilloso fue *OH Mamy Blue*. Esa canción me hacía feliz, sentí que era para mí, que me la estaba cantando a mí y a la semillita que estaba creciendo dentro de mi barriga. Miré a Jana y le dije:

—Si algún día tengo un blog, lo llamaré así:  
**Ohmamiblue.**





Cuando cumplí las doce primeras semanas de embarazo —pasado ese periodo de riesgo—, el 12 de diciembre subí mi primera foto a una cuenta de Instagram que creé con el nombre de Ohmami-blue. Lo hice porque pensé que era un buen momento para poder compartir con mi familia y mis amigas que estaba embarazada y, de paso, hacer un álbum de recuerdos de cómo iba sucediendo todo.

Durante los primeros meses, la cuenta era privada, pero conforme pasaba el tiempo fui siendo consciente de que Instagram estaba lleno de cuentas de maternidad, y aunque cuando eres madre la maternidad se siente igual, es cierto que el proceso no es el mismo, ni las dudas, ni los trámites. Por eso me pareció tan importante visibilizarlo, así que decidí abrir la cuenta y empezar a compartir lo que estábamos viviendo.

Hasta ese momento no fui consciente de lo duro que era no tener referentes, nadie con quien poder compartir lo que estábamos viviendo a nivel emocional. Por lo que empezamos a buscar a través de los *hashtags* #twomoms, #dosmamás,

*#lgbtfamily*, *#familialgbt* otras familias formadas como la nuestra. Necesitábamos compartir ese mar de dudas que nos asaltaba. Ahí nos dimos cuenta de que no estábamos solas. Del mismo modo, la gente también empezó a llegar a nosotras y es que igual que buscábamos, también había familias que nos buscaban.

La cuenta empezó a crecer a la vez que fue creciendo el embarazo. Todos los días recibíamos muchas preguntas sobre temas legales, emocionales, de cómo habíamos hecho el tratamiento... Y nosotras también se las hacíamos a las pocas familias de dos mamás que íbamos encontrando (por cierto, ninguna en España). Pero el *boom* llegó cuando nació Álex: ¿cómo podía ser que habiéndolo gestado mamá sea igual que mami? Las preguntas se repetían y hoy en día lo siguen haciendo. «¿Cómo lo habéis hecho? ¿Hace falta estar casadas? ¿Cómo se lo dijiste a tu familia? ¿Has dicho que eres lesbiana en el trabajo? ¿Qué tal lo llevó tu familia cuando planteaste que ibas a ser mamá con otra mujer?»





Las preguntas llegaban sin parar desde que empezamos hasta el día de hoy, que han pasado tres años y estoy escribiendo este libro para ti, para vosotras, mamá y mami, porque el camino que vais a empezar o habéis empezado a veces no es fácil, pero puede ser precioso si lo hacéis vuestro, si lo haces tuyo.

Este libro pretende hacerte el recorrido más fácil, cubrir un hueco, una necesidad para una parte de la población. Darte algo de información, pero sobre todo una experiencia, cogerte de la mano en esta aventura y abrazarte cuando lo necesites sin que lo tengas que pedir.

Esta es la historia de lo que fue para mí, para nosotras, nuestro camino a la bimaternidad. Todo lo que hay de este tema es muy técnico, médico, sociológico, pero no hay nada —o poco— escrito en primera persona sobre lo que te va a tocar vivir. Por eso, aquí te voy a contar lo mejor y lo peor, la cara B de lo que no aparece en un libro. Voy a compartir mis miedos para intentar eliminar los tuyos. Esto es algo que va más allá de probetas, inyecciones



y terminologías; en estas páginas recopilo muchas preguntas que me hacen a diario las personas que me siguen por redes sociales, todas esas dudas que surgen cuando decidís ser mamás. Me pareció una buena idea plasmarlo en papel y que sirva de guía a todas las mujeres que, como tú, quieren ser madres.

Escribiendo cada parte, cada capítulo, se están removiendo mis entrañas. La maternidad lo ha cambiado todo, las personas que he ido conociendo han hecho que todo tenga otro sentido, como que tú y yo, sin conocernos, podamos ayudarnos y empatizar. De verdad espero que al final del libro ya seamos amigas y me mandes una foto de tu bebé.

Ser mujer es difícil, ser mujer lesbiana es complicado y ser madre sin una figura masculina aún más, ya que todavía hay una parte de la sociedad que no lo asume. Pero aquí estamos nosotras, para ser visibles, para mostrar y vivir nuestra vida con total naturalidad y libertad. Porque, al final, aquello de lo que no se habla no existe y lo que no





se muestra no se ve, por lo que tenemos que ser visibles hasta llegar a ser indiferentes. Así que, sin más, ¡empezamos la aventura!

¡Fuera los miedos, abre tu mente, y  
**Bi mother, my friend!**